

¡ES REDONDA! DE SALAMANCA A LAS AMÉRICAS

ROBERTO GARCÍA ENCINAS

CUADRO PRIMERO

PLAZA DE COLÓN. IGLESIA DE SAN PABLO. CORTE CORDOBESA. 1486

*Todo el primer cuadro se desarrolla en el atrio de la Iglesia de San Pablo. Sus volúmenes casi escenográficos y sus arcos monumentales enmarcan a los personajes prescindiendo de otros elementos decorativos ajenos. El público se sitúa en el parque mirando frontalmente la escena. Música cortesana renacentista. Hay una **DAMA** en escena. **COLÓN** hace su aparición. Viste pantalón y camisa negros con corbata azul bajo una capa negra de estilo renacentista. Hace una reverencia y se arrodilla ante la dama.*

Colón.— No se imagina el inmenso placer que siento al tener el honor de ser recibido por su graciosa majestad. Largo ha sido mi deambular hasta encontrarme en Castilla, donde vengo con el único ansia de exponer mis proyectos que tantos años llevo madurando. Sé de buen grado que Su Majestad sabrá escucharlos con interés y audacia, puesto que son grandes las virtudes que se narran acerca de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón que, no sólo han sido capaces de unificar dos reinos fructíferos, sino que...

Dama.— Disculpe, ¿tiene usted cita previa o viene así, por libre?

Colón.— ¿Qué?

Dama.— Porque le aseguro que si viene por libre, tengo instrucciones precisas para no permitirle el paso a las estancias reales.

Colón.— ¿No es usted Su Majestad?

Dama.— ¡Dama de compañía! ¿Acaso tengo cara de reina?

Colón.— (*Levantándose*). ¡Claro, cómo pude...! Me siento avergonzado... Le ruego acepte mis disculpas.

Dama.— ¡No! ¡En serio! ¿Tengo cara de reina o no? Porque si tengo cara de reina yo esto lo cuento en mi pueblo y me hacen una romería. ¡Menudos somos en Ledesma!, ¡venga!: ¿tengo cara de reina?

Colón.— Pues, a decir verdad, no he visto tantas reinas como para dictaminar un juicio.

Dama.— ¡Por la tangente! ¡Siempre por la tangente...! (*Mirando un pergamino*). ¿Su nombre?

Colón.— Cristóbal Colón.

Dama.— ¡Ah, sí...! Aquí lo tengo... Colón. Llega un poco pronto...

Colón.— Es que soy muy ansioso.

Dama.— Me hago cargo. Pero cuénteme mientras hacemos tiempo: ¿de dónde es usted?

Colón.— ¿Acaso eso importa? La importancia radica en *por qué* estoy aquí.

Dama.— Está bien... entonces, ¿a qué ha venido?

Colón.— Quiero exponer a sus majestades mi convencimiento acerca de la existencia de una ruta alternativa hacia a las Indias basándome en que la Tierra es redonda.

Dama.— ¿Redonda?

Colón.— Redonda.

Dama.— Pero, ¿cómo redonda?

Colón.— Pues redonda, como una naranja...

Dama.— Pero si fuera redonda nos caeríamos ¿no? (*Ríe*). Anda, que se levanta una por las mañanas para escuchar cada tontería...

Colón.— ¡No! ¡Lo puedo demostrar! ¿No tendrá por ahí un huevo?

Dama.— ¿Un huevo?

Entran los reyes ISABEL y FERNANDO. Sus vestimentas, al igual que las de Colón, combinan elementos actuales con indumentaria de época. Destacan los dorados.

Colón.— ¡Majestades! (*Hace una reverencia*).

Dama.— (*Mirando el pergamino*). Cristóbal Colón. Viene por...

Fernando.— Estamos al corriente, muchas gracias.

Isabel.— Puedes retirarte.

Dama.— Como ordenen Sus Majestades (*va saliendo*). ¡Pues ya me ha dejado con la intriga de lo del huevo...!

Colón.— Es todo un honor ser recibido por Sus Majestades.

Isabel.— Lo sabemos.

Colón.— Grandes son las crónicas que corren acerca de los monarcas de Castilla y Aragón...

Fernando.— No tenemos mucho tiempo así que le rogaría que fuese breve. Estamos en plena reconquista.

Isabel.— Reconquista del sur, se entiende... ¡anda, que vaya panorama que tenemos! Con tanto morisco y tanto judío se nos va a llenar la Península de paganos y más paganos... ¡y eso sí que no! Aquí mi marido y yo somos muy católicos y no vamos a permitir que recen en nuestros legítimos territorios a ese tal... ¿cómo es que lo llaman?

Fernando.— Alá.

Isabel.— ...Alá, que ya me dirá usted si eso es nombre para un dios. Son muy extraños. Dicen que algunos se bañan todos los días, ¡todos los días! Ya me contará...

Fernando.— No demoremos más el asunto. Ya nos ha informado levemente acerca de sus propósitos. ¿Podría ser más preciso?

Colón.— Pues verán... no tengo ninguna intención de andarme con rodeos... querría proponerles un negocio.

Isabel.— ¿Un negocio?

Colón.— Un negocio. Seguramente uno de los negocios más rentables de la historia.

Fernando.— Explíquese.

Colón.— Bien... de todo el mundo es conocida la rivalidad creciente entre su Corona y la de Portugal por el control del mercado con las tierras africanas...

Fernando.— Prosiga.

Colón.— Debo decir que me encuentro en absoluta disposición de afirmar que el mercado con esas costas, al lado de lo que voy a plantearles, no será más que una simple lonja de pueblo pesquero.

Isabel.— ¡Qué intriga!

Colón.— Puesto que la Tierra es redonda...

Isabel.— ¿Cómo redonda?

Colón.— Redonda, esto no me lo he inventado yo...

Fernando.— ¿Redonda como un plato?

Colón.— Más bien como una naranja.

Fernando.— Entonces será más bien esférica ¿no?

Colón.— Bueno, técnicamente, sí...

Isabel.— Yo ya me he perdido hace un rato.

Colón.— A ver, es más sencillo de lo que parece, ¿no tendrá por ahí un huevo?

Isabel.— En la despensa, sígame.

Fernando.— Isabel, por favor, que a este paso más que reconquistarles nos van a invadir hacia el Norte.

Isabel.— Pues me quedo con la duda...

Fernando.— Siga, por favor...

Colón.— Bien, puesto que la Tierra es redonda, estoy convencido de que existe una ruta alternativa hacia las Indias.

Fernando.— O sea, para que nos entendamos, una ruta saliendo por el Atlántico ¿no?

Isabel.— Es que nosotros seremos muy católicos, pero cultos, cultos, lo que se dice cultos, no mucho... fíjese que estamos en medio de un genocidio, no le digo más...

Colón.— Efectivamente, saliendo por el Atlántico hasta las Indias. Por el Oeste.

Fernando.— ¿Y eso qué podría reportar a nuestro reino?

Colón.— El monopolio del mercado con las Indias: oro, especias, telas del Japón y de las Indias, esmeraldas, zafiros, rubíes...

Isabel.— Pues así, en principio, suena bastante bien.

Fernando.— ¿Así que piensa descubrir una nueva ruta?

Colón.— Mi afán no es descubrir nada, Majestad, esa ruta existe, no me cabe la menor duda. Pero me atrevería a afirmar que sería fundamental para su reino potenciar las comunicaciones. En estos tiempos de cambios en que vivimos aún no somos conscientes de la importancia que esto puede tener. Algún día, quien no esté suficientemente comunicado estará muerto.

Isabel.— ¿Muerto?

Colón.— Metafóricamente sí.

Fernando.— ¿Y qué tendría que aportar mi Corona para...?

Isabel.— Nuestra.

Fernando.— ¿Qué?

Isabel.— Nuestra Corona, Fernando, qué tendría que aportar NUESTRA Corona... ¿recuerdas? Tanto monta, monta tanto...

Fernando.— ¿Qué tendría que aportar NUESTRA Corona?

Colón.— Tres carabelas y la tripulación oportuna. Calculo que en tres semanas podríamos alcanzar las Indias.

Isabel.— Pues mucho gasto no es... Tres carabelas se las proporcionamos y ya nos irá contando cómo lleva lo de las telas y los rubíes ¿eh? ¡Hala! Vamos a matar moros.

Fernando.— Espera.... (*A Colón*). Me ha dicho que venía a proponernos un negocio..., supongo que hay algo más, ¿no es así?

Colón.— En el caso de que la empresa tuviera éxito, obtendré el diez por ciento de los beneficios, amén del título de Almirante Mayor de la Mar Océana, cuya jurisdicción se hará efectiva en todas las tierras con las que logre comunicación, asegurándome las atribuciones de virrey y gobernador de todas ellas.

Fernando.— ¿Qué?

Isabel.— ¡Pero eso es una desfachatez!

Fernando.— ¡Un insulto hacia nuestra Corona! ¡Buenos días! (*Hacen ademán de salir*).

Colón.— ¡No saben lo que están haciendo...!

Isabel.— Fernando... quizá no sea tan mala idea... podríamos negociar ¿no?

Colón.— Nunca. Éstas son mis condiciones. Si su Corona no accede buscaré otro patrocinador.

Fernando.— Pues entonces, es evidente que...

Isabel.— ...estudiaremos el caso. Sus teorías las analizará la Comisión Real de Sabios de la Universidad de Salamanca, la más reputada de todo el mundo sea redondo o cuadrado. Hasta entonces recibirá un sueldo y protección de la Corona a condición de que no sean expuestas sus teorías a cualquier otro reino. Nuestra condición, hasta entonces, será tenerle en exclusiva.

Fernando.— ¡Pero Isabel!

Isabel.— Tanto monta, monta tanto...

Fernando.— ... Isabel como Fernando... ¡estoy de ese soniquete...!

Colón.— No se arrepentirán.

Isabel.— Cuando se lo comuniquen deberá viajar a Salamanca y exponer sus teorías. Si la comisión considera la empresa factible, tendrá lo que pide.

Colón.— ¡Gracias, mil gracias...!

Fernando.— Ya veremos...

Isabel.— ¡Nos vamos, que nos vencen los paganos! ¡Fernando...!

Fernando.— ¡Isabel...!

(Salen, abren pasacalles que va desde la Iglesia de San Pablo hasta el atrio de San Esteban por la calle Juan de la Fuente. Encabezará el pasacalles la dama lanzando pétalos de rosa al paso de los Reyes. Tras ellos Cristóbal Colón. Interacción de los Reyes con los transeúntes.)

CUADRO SEGUNDO
ATRIO DE SAN ESTEBAN. SALAMANCA

Al llegar, cuatro celosías del tamaño de una puerta cada una, esperan a los actores formando una pared. Detrás de cada celosía hay un actor (que hará las veces de sabio) que le dará movimiento. Colón camina nervioso de izquierda a derecha del espectador. Las celosías se mueven al ritmo de su movimiento creando un “efecto travelling”.

Sabio 1.— Bien, expónganos sus razones...

Colón.— La tierra es redonda.

Sabio 2.— Pero eso no lo ha descubierto usted.

Colón.— Soy consciente. Ya en la Grecia clásica...

Sabio 3.— Somos la comisión de sabios de la Universidad de Salamanca. Conocemos de sobra los estudios geográficos clásicos. ¿Quiere proseguir?

Colón.— La Tierra es redonda, con lo cual las Indias se pueden alcanzar navegando hacia el Oeste. Es obvio que la ruta por el Este desde Portugal a las Indias es muy larga. La distancia entre las Canarias y China es de 3.550 millas, y la distancia entre las Canarias y Japón es de 1.395 millas. Entre el fin de las tierras de occidente y el comienzo de las de oriente existe, sin lugar a dudas, un mar de pequeñas dimensiones. Además, el mar no está vacío, sino que está plagado de multitud de pequeñas islas. Por lo tanto las Indias pueden ser alcanzadas por el Oeste de una manera mucho más rápida, segura y económica. No hay trampa ni cartón.

Sabio 4.— Datos, datos y más datos...

Colón.— (*Exaltado*). El progreso se basa en la acumulación de datos... los datos forman parte de nuestra existencia.

Sabio 1.— Pero sus datos se basan en una simple teoría. ¿Está en disposición de aportarnos pruebas?

Colón.— ¿Pruebas? ¿Y a ustedes les llaman sabios? ¿Cómo voy a tener más pruebas que las teorías?

Sabio 2.— Una teoría nunca es una prueba...

Colón.— ¡Una teoría es la conclusión de un largo estudio! Soy navegante, matemático, geógrafo y cartógrafo. ¡Incluso he tenido que aprender latín para leer las teorías de Ptolomeo!

Sabio 3.— Teorías...

Sabio 2.— Opiniones...

Sabio 4.— ¿Qué es lo que pretendéis descubrir?

Colón.— No pretendo descubrir nada, mi único afán es potenciar las comunicaciones.

Sabio 1.— Explíquese...

Colón.— No es tan importante la conquista de territorios como estar comunicados con ellos. ¿No lo entienden? Y que esas comunicaciones se bifurquen en otras, y en otras... ¡Comunicación! ¿Lo pueden imaginar por un momento? Una enorme red cuyos cabos se entrelazan y así podremos intercambiar productos, pero no sólo eso, sino también información entre unas y otras culturas. ¿No se dan cuenta del avance que eso supondría para nuestra sociedad? ¡Redes!

Sabio 2.— ¿Redes?

Colón.— Redes, redes de comunicación.

Sabio 1.— Es interesante y atrevido, caballero. Es consciente de que tenemos que estudiarlo antes de expresar un juicio...

Colón.— ¿Por cuánto tiempo?

Sabio 3.— No tenga tanta prisa. Si esa ruta existe, no se moverá de allí, palabra de sabio.

(Se abren dos de las celosías a modo de puerta. Sale Fray Hernando de Talavera.)

Colón.— ¡Fray Hernando de Talavera! ¿Qué? ¿Qué ha pasado?

Fray Hernando.— Nada.

Colón.— ¿Nada?

Fray Hernando.— Tus teorías u “opiniones” finalmente nos han convencido. Tiene sentido que exista una ruta hacia Las Indias partiendo desde el Oeste.

Colón.— ¿Entonces?

Fray Hernando.— Consideramos que en estos tiempos no existe aún la suficiente tecnología para embarcarnos en tal empresa. Los barcos convencionales no aportan las suficientes garantías.

Colón.— ¿Tecnología? ¿Cómo que no tenemos la suficiente tecnología? ¿Pero qué clase de sabios sois vosotros? ¿Habéis estudiado navegación en los últimos cincuenta años? Bien es cierto que las embarcaciones antiguamente no estaban preparadas para viajar tantas millas, pero ¿qué me dices de la carabela, de la nao, de la carraca?

Fray Hernando.— Cristóbal, creo en tu proyecto tanto como tú, pero, por mucho que yo sea el cabeza de la comisión, es el conjunto de sabios quien tiene la última palabra.

Colón.— ¿No puedes hacer nada?

Fray Hernando.— Me temo que no...

Colón.— Portugal, nada; Inglaterra, nada; Francia, menos todavía... ¿Voy a tener que ir a las Indias a pie para plantear la ruta contraria?

Fray Hernando.— Sería otra opción.

Colón.— ¡No estoy para bromas...!

Fray Hernando.— Cristóbal, te ruego que no desfallezcas.

Colón.— ¡Pues estoy empezando a perder la paciencia! ¿No se jactan de vivir en una era tan moderna, con tantos avances? ¡El invento de la imprenta! ¡La exaltación del nuevo individuo! ¡Progreso, progreso, más progreso...! Demasiado progreso para no ver más allá de sus narices. *(Pausa)*. Castilla me da escalofríos. Parto. Gracias por todo. Ya tendrás noticias mías, no lo dudes. Parto ahora mismo.

Fray Hernando.— ¿Hacia dónde?

Colón.— No lo sé... Seguiré intentándolo... No me pienso quedar así. Muchas gracias por todo. *(Sale)*.

Fray Hernando.— Suerte... Haré todo lo que esté en mi mano... *(Pausa)*. Pues ya sólo nos queda el confesor de la Reina.

*(Sale. Las celosías se transforman en un confesionario. A un lado **FRAY JUAN PÉREZ**. Entra **ISABEL DE CASTILLA**).*

Isabel.— Ave María Purísima.

Fray Juan Pérez.— Sin pecado concebida.

Isabel.— He pecado.

Fray Juan.— Dígame...

Isabel.— Ayer por la mañana, en el campo de batalla, mientras un soldado real degollaba a un morisco, tuve compasión por él...

Fray Juan.— ¡Eso nunca!

Isabel.— Lo sé... A veces tengo estos ramalazos.... Pero debo mantenerme firme y católica.

Fray Juan.— Tiene toda la razón.

Isabel.— No ponga mucha penitencia que ya voy mal de tiempo.

Fray Juan.— Quizá la absuelva sin penitencia alguna si me escucha Su Majestad...

Isabel.— ¿Qué tenéis que decirme?

Fray Juan.— Quiero hablaros de Colón.

Isabel.— ¡Qué pesado...!

Fray Juan.— Tengo entendido que la Corona ha desestimado su proyecto.

Isabel.— Así es, el informe de Fray Hernando de Talavera era contundente.

Fray Juan.— Veréis... Mantengo grata amistad con Cristóbal Colón y creo firmemente en sus teorías. Al fin y al cabo, tampoco hay tanto que perder... tres carabelas apenas afectarán a las arcas reales...

Isabel.— ¡Es que el indigno de él quiere ser Almirante de los océanos y virrey de las conquistas! Que estamos nosotros como para regalar títulos...

Fray Juan.— ¿Y qué importaría eso...? Si lo que relata es cierto, eso sólo sería un pequeño detalle. Si no funcionara en sus cargos políticos siempre se le podría destituir ¿no?

Isabel.— Por supuesto. Soy la Reina.

Fray Juan.— ¿Entonces? Hágame caso... es muy bajo el coste para las ganancias que puede reportar a nuestro reino... católico.

Isabel.— ¿Y si fracasa? Se enfrentará a lo desconocido...

Fray Juan.— Me haré cargo de unos dignos funerales hacia él y toda su tripulación.

Isabel.— Está bien... que así sea... ¡y venga!, ¡absuélvame que ya debería estar junto a mi marido observando cómo se larga esa chusma! ¡Venga...!

Fray Juan.— Ego te absolvo in nomine patris...

Isabel.— Gracias. Hasta mañana... (*Sale apresuradamente*).

Fray Juan.— Tengo un mal presentimiento...

(Las Celosías recuperan su forma de pared. Tras ellas sale MARTÍN ALONSO PINZÓN. Pregunta al público por Colón. Pinzón guía a los espectadores hacia el siguiente punto de la representación.)

CUADRO TERCERO
PLAZA DE DOMINICOS. PUERTO DE PALOS

Nos encontramos junto al Parque de San Esteban. Colón espera a Pinzón como si de una estatua se tratase. Los espectadores se han colocado en círculo.

MARTÍN PINZÓN.— ¿Cristóbal Colón?

Colón.— Servidor.

Martín Pinzón.— Martín Alonso Pinzón.

Colón.— Encantado.

Martín Pinzón.— Tengo entendido que está buscando tripulación para un viaje avalado por la Corona.

Colón.— Así es, pero me está resultando harto difícil encontrarla dado lo extraño de mi empresa.

Martín Pinzón.— ¿De qué se trata?

Colón.— Verá, puesto que la Tierra es redonda...

Martín Pinzón.— ¿Redonda?

Colón.— Sí, redonda...

Martín Pinzón.— ¿Pero como redonda?

Colón.— ¡Pues...! ¿Tiene por ahí un huevo?

Martín Pinzón.— Considero que aún no nos conocemos lo suficiente como para... ¡en fin! Veo que conoce las historias que corren acerca de nosotros, los marineros...

Colón.— ¡No me refería a...! Es igual. ¡Es redonda, y punto!

Martín Pinzón.— ¡Ajá!, ya lo capto, al ser redonda usted trata de descubrir una ruta alternativa hacia las Indias saliendo por el Oeste, lo cual abarataría los costes y el tiempo de comercio.

Colón.— Efectivamente..., ¿cómo lo sabe?

Martín Pinzón.— La mar es mi profesión y uno en su trabajo tiene que ser el mejor. Si no, te ahogas (*Rie*).

Colón.— Pues sí, eso es...

Martín Pinzón.— Oiga, me pregunto yo, ¿y si al ir en busca de Las Indias se encuentra a medio camino con otro continente? Un continente nuevo, desconocido, inmenso, que algún día podría ser tan poderoso como el nuestro, o incluso más.

Colón.— ¿De dónde saca tal tontería?

Martín Pinzón.— No sé..., lo habré soñado...

Colón.— No me vienen mal los soñadores en semejante empresa ¿Puede conseguirme hombres?

Martín Pinzón.— ¡Los mejores! Hombres de verdad: valientes, audaces, agueridos, viriles, de sabia madurez, amén de jóvenes impetuosos dispuestos a lo que sea con tal de saciar su sed de aventura. Hombres rubios, castaños, morenos, con o sin tatuajes, hombres...

Colón.— Es suficiente, me sirve cualquiera dispuesto a embarcarse en las carabelas.

Martín Pinzón.— ¿Cuántas carabelas habría que llenar?

Colón.— Tres: La Santa María, La Niña y La Pinta.

Martín Pinzón.— ¿La Pinta?, ¿qué clase de nombre es ése para una embarcación?

Colón.— Yo no se lo puse...

Martín Pinzón.— Pues espero que no pase a la historia, porque vaya bochorno...

Colón.— Ya...

Martín Pinzón.— No se preocupe. ¿A qué estamos hoy?

Colón.— Treinta y uno de julio.

Martín Pinzón.— Le aseguro que en tres días ¡PARTIMOS A LAS INDIAS!

(Los marineros entran en el círculo. Van vestidos de traje y corbata. Una estructura formada por tubos de aluminio hace las veces de barco. La vela es un código de barras.)

Colón.— *(Extendiendo el brazo izquierdo y señalando).* ¡Hacia el Oeste!

(El "barco" empieza a moverse. Música de percusión. Pasacalles desde el Parque de San Esteban hasta la Plaza de Anaya pasando por la Calle del Tostado. Este recorrido trata de recrear los más de dos meses de travesía hasta las Indias. Los actores irán pasando progresivamente del entusiasmo por la aventura a la desesperación. El público forma parte de la tripulación. A la altura del Teatro Juan del Enzina un marinero grita...)

Marinero.— ¡TIERRA! ¡TIERRA!

CUADRO CUARTO
PLAZA DE ANAYA. AMÉRICA

Toda la tripulación sale corriendo hacia las escaleras de Anaya. Los actores dejan la carabela y se ponen frente a Anayita y las caballerizas.

COLÓN.— Yo, Cristóbal Colón, en nombre de Sus Majestades los Reyes de Castilla y Aragón, Isabel y Fernando los Católicos, tomo posesión de estas tierras denominando a esta isla San Salvador. A partir de hoy, que será recordado como día histórico... *(A parte, a Marinero 1)* ¿A qué estamos?

Marinero 1.— A once, ¿no?

Colón.— Once de octubre...

Marinero 2.— No, espera... anteaer era diez.

Colón.— ¿Seguro?

Marinero 1.— No, anteaer era nueve y hoy es once.

Marinero 2.— Que no, que te digo que anteaer era diez que era el cumpleaños de mi esposa y le mandé un mensaje... en una botella.

M. Pinzón.— Ya, pero ¿habéis contado que, igual, al viajar hacia el Oeste podamos haber ganado casi un día?

Marinero 3.— ¿Pero eso no es al revés?

M. Pinzón.— No, majo. Al Oeste se gana y a al Este se pierde.

Marinero 2.— ¿Qué se pierde?

Colón.— ¡La paciencia! ¡Aclaraos de una vez que me estáis estropeando el momento histórico!

Marinero.— Bueno, si tú lo dices será doce, pero si me mandan jurar yo digo que once.

Marinero 2.— Doce, Cristóbal, hazme caso.

Colón.— A partir de hoy que será recordado como día histórico, 12 de octubre de 1492, estas tierras forman parte del Reino de Castilla, siendo yo virrey de todas ellas. Y, lo más importante: hemos entrado en un nuevo periodo, una nueva era, donde la comunicación entre las tierras del mundo se convertirá en el eje primordial del progreso que desde este mismo momento comienza. Que la paz invada estas tierras y todos sus habitantes. ¡DIOS SALVE A LAS INDIAS!

TODOS.— ¡Salve!

Sube la música.

—FIN—